

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

VII
LA TACTICA DE SU ALTEZA

En bien de su salud, buscando la soledad amiga de la meditación o por simple esparcimiento, don Juan Mendes de Vasconcelos acostumbraba hacer a pie largos paseos matutinos. Después de un ligero desayuno tomaba la calle Mayor, bajándola a grandes y lentos pasos hasta llegar al río, por entre las dos filas desiguales de casonas bajas con tejado saledizo y forjadas rejas, y las tapias a cuyas bardas se asomaban curiosas las capas de los frutales, pisando duros y puntiagudos guijarros y metiéndose más de una vez en el cieno del arroyo después de una lluvia o cuando desbordaba algún establo mal tenido. Echando pestes por el accidente seguía por la poco poblada ribera del Ebro y, ya junto al viejo castillo, cuya masa negra y pesada y cuya torre dominan la villa, cruzaba el puente de piedra de macizas columnas que varios siglos atrás construyó fray Juan de Ortega, el dominico maestro en el arte de construir, no sin detenerse un momento a ver correr el agua y gozar de su frescura. Así, con

movimiento acompasado, entre mecánico y solemne, llegaba luego a los mojones que señalan el término de Castilla, a un tiro de ballesta del puente, para divisar a lo lejos, blanco sobre verde, el pueblo de Viana en el recién conquistado suelo navarro, o bien, siguiendo con los ojos la tinta clara de los caminos, surgir lugarejos y caseríos rodeados de huertas, viñas, vergeles, olivares, prados en que pacían numerosas ovejas y el rastrojo de recién segados trigales ... Con la indiferencia de los hombres de aquel tiempo hacia el paisaje, mirábalo todo distraídamente, abstraído en combinaciones diplomáticas, tratando de conjeturar los propósitos del Rey, de desenredar los hilos de alguna intriga, de urdir tramas para conquistar a este o aquel valido del soberano ; sólo al acercarse la hora habitual de volver a casa veía realmente, despertando de su preocupación, las dominantes torres de la villa, y no sabía a derechas quién le llamaba a comer, si las campanas o el estómago.

Pero aquel día despertólo de su abstracción, mucho antes del momento acostumbrado, un jinete que pasó al trote de su caballo, seguido de una especie de escudero con cara de demonio de auto sacramental. En el primero parecióle reconocer a Juan Díaz de Solís, pero no pudo salir de dudas examinando a su sabor al que pasaba. Sólo alcanzó a ver que vestía de camino, que el escudero llevaba a la grupa el portamanteo y que

parecían llevar gran prisa.

Habré de averiguar, y más bien hoy que mañana, si es en realidad el tal Juan Díaz – se dijo el embajador –. Si es él, efectivamente, no cabe duda de que aquí anda de solapa la mano del Rey ... Una de dos : o bien don Fernando, cumpliendo lo prometido, le ha hecho suspender el viaje y el hombre se retira mohino a cuarteles de invierno, o bien le ha ordenado que apresure la partida, y Solís corre gozoso a embarcarse ... Una y otra cosa caben en lo posible ... pero ¿ de cuál de las dos se trata ? ... Su Alteza suele no pararse en pelillos, y no sería la primera vez que me juega una mala partida ...

Automáticamente volvió sobre sus pasos, renunciando al paseo.

La casualidad me ha hecho descubrir esta mañana – pensaba – lo que mis agentes me hubieran comunicado dentro de quién sabe cuánto tiempo. Pero ¿ qué salimos ganando ? ... ¡ Bah ! Lo mejor es apresurarse a comunicar a don Manuel lo que don Fernando me ha dicho y prometido ... También he de hablarle de ese obispillo de Palencia, de ese Juan Rodríguez de Fonseca de mis entrañas, que por capricho del Rey tiene en una mano los negocios de las Indias y en la otra las disciplinas ... sí, las disciplinas para los demás. El y Lope Conchillos me dan muy mala espina. ¿Será cierto, como Anríquez me asegura, que el bribón de Solís ha prometido al otro bribón

mitrado de Fonseca, la mitad de lo que logre en la expedición ? Indudable es que el obispo lo apoya, lo mismo que Lope, y que don Fernando sólo ve ahora con los ojos de ambos ... El Rey decae mucho con su enfermedad ; pero mucho ... Ya no hace las cosas por sí mismo, como antes ; pero fuerza es decir que antes no las hacía mejores para nosotros ... Por sí o por no he de decírselo todo a don Manuel, y hoy mismo, para que él vea y resuelva ... Si don Fernando quiere que se haga el viaje, nada, ni aun su misma palabra, podrá impedirlo ... Pero nada impide, tampoco, que don Manuel mande vigilar las naos de Solís, para ponerle dificultades y defender nuestros derechos. ¡ Nuestros derechos ! Pese a tantos esfuerzos y desvelos todavía no hemos logrado hacerlos reconocer y establecer de manera que no dejen lugar a nuevas dudas ni puedan originar otras complicaciones ... ¡ Ah, si no hubiera muerto doña María ! ¡ Si los dos Reinos llegaran a formar uno solo, como estuvo tan a punto de suceder ! ... Pero, qué remedio ponerle ahora ? ... Hay que hilar muy fino y no dormir sino con un ojo, para no perder lo poquísimos que se ha ganado ... ¡ Ah, ese Juan Díaz ! ¡ Ese Juan Díaz va a darme todavía más de un dolor de cabeza ! ...

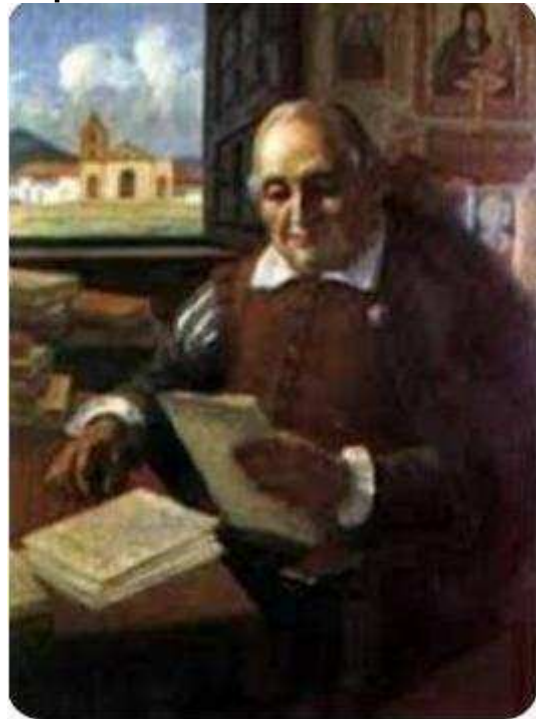
El jinete era, efectivamente, Solís, quien, después de su entrevista de la víspera con don Fernando hizo avisar a Diego García de Moguer y dijo a Francisco de Torres que en la tarde del día

siguiente deberían reunirse con él en Laguardia. Iba cargado de papeles, entre ellos una orden de don Fernando para que la Casa de Contratación de Sevilla le entregara treinta y siete mil maravedís como indemnización, y otra para que el tesorero le devolviese cuanto había adelantado a los marineros a cuenta de salarios y cuánto había desembolsado en compras y demás preparativos de viaje (**Nota** : 29 de septiembre de 1512 ; TORIBIO MEDINA, p. 98). Queriendo desvanecer todas las sospechas a que el aplazamiento podía prestarse y a las que, tratándose de Solís, mostrábanse tan inclinados los oficiales de Sevilla, el Rey ponía bien de relieve que tenía a aquél por muy buen servidor, mandaba que se le tratase y considerase como a tal, y añadía que servirlo era servir a su propia real persona. Y para que estas inusitadas recomendaciones tuvieran mayor fuerza aún, don Fernando las reiteraba indirectamente escribiendo a Solís, entre otras cosas (**Nota**: TORIBIO MEDINA, pp. CXCIV) :

"He mandado suspender el dicho viaje por comunicarlo con el serenísimo Rey de Portugal, mi muy caro y muy amado hijo, para que se haga de manera que la corona real de estos reinos ni la de Portugal reciba agravio ; y porque – habiendo disposición – tengo voluntad que haya efecto, vos aseguro e prometo que, habiéndose de fazer el dicho viaje, seréis vos la persona a quien yo lo

mandaré encomendar, e vos será guardado al dicho tiempo todo lo que en el dicho asiento e capitulación convenido hé, sin ninguna falta."

En aquella entrevista don Fernando había extremado con Solís su característica afabilidad, aunque se sintiera muy molesto a causa de la sofocación que más de una vez le cortó la palabra. Estaban con Su Alteza el obispo de Palencia y el secretario Lope de Conchillos (y Quintana) para quienes – como lo pensaba el embajador portugués – no tenía secretos, ni, a veces, objeciones. Estos dos secretarios, o más bien ministros, del Rey católico, presentaban marcado



contraste, aunque las maneras de ambos fuesen igualmente frías y mesuradas. Lope Conchillos, vestido de ropilla y calzas negras, era de mediana estatura, carirredondo, moreno, de vivaces ojos pardos, rojizos y abultados párpados que los

empequeñecían, pero el conjunto sugería un carácter benévolo si no débil. En cambio, con su ropaje talar, sencillo como una túnica, don Juan Rodríguez de Fonseca, capellán mayor del Rey, miembro de su Consejo, y obispo de Palencia – antes había sido deán de la Catedral de Sevilla, obispo de Badajoz y de Córdoba, como más tarde lo sería de Burgos, y hasta arzobispo "*in partibus*" – parecía llevarle más de un palmo, y en su rostro enjuto, los hundidos ojos negros que fosforecían en el fondo de sus órbitas violáceas, y los labios delgados y pálidos, apretados mientras no hablaba, hacían ver en él a un hombre apasionado y sin bondad. Cuando se introdujo al marino en la sala, el uno se mantenía de pie a la derecha y el otro a la izquierda del soberano.

Don Fernando, para entrar en materia, dijo a Solís que, según debía de haberlo visto bien claro, no le era posible renunciar a la proyectada expedición de descubrimiento, ni la confiaría a otra persona alguna. En seguida, cambiando de tono y con cierta irónica ligereza, que sus ahogos hacían parecer sarcástica, agregó que circunstancias muy particulares – en puridad el deseo y la conveniencia de conservar las mejores relaciones con el Rey de Portugal – le aconsejaban postergar por tiempo indeterminado la realización de empresa en que tanto empeño ponía.

- *Es caso de fuerza mayor o poco menos –* agregó suspirando -. *Se trata de mi hijo muy*

amado don Manuel, a quien como padre debo tratar y satisfacer.

Y como si hablara consigo mismo, murmuró :

- *Otros vendrán, y muy pronto, que no habrán de tener tales reparos ...*

Profeta fué don Fernando, si se interpretan sus palabras en cierto sentido, pues su nieto Carlos I de España y V. de Alemania, no tuvo tantas contemplaciones con Portugal. Pero no insistió en su profecía, si era tal ; pidió a Solís que recordara en sus grandes líneas la capitulación que con él había hecho, a fin de dejarla debidamente puntualizada, y cumplirla en todas sus partes una vez llegado el momento.

El piloto mayor hacía grandes esfuerzos para disimular la cólera. ¡ Sus brillantes esperanzas se desvanecían a punto de verse realizadas ! ¡ El artificioso portugués triunfaba haciéndolo naufragar en el puerto ! Tuvo en los labios una maldición para Vasconcelos y su amo, pero se limitó – grave irreverencia – a golpear el suelo con el pie. Don Fernando toleró la falta fingiendo no advertirla, mientras Lope Conchillos trataba de sacar al mareante del mal paso acercándose a él y murmurándole al oído :

- *Tranquilizaos. Todo irá bien.*

El obispo de Palencia que observaba a hurtadillas a Solís desconcertado y furioso, apretó más los labios en una como sonrisa y luego intervino también :

- *Si lo permitís, Serenísimo Señor – dijo grave y secamente, dirigiéndose al Rey – yo seré quien en pocas palabras recuerde la capitulación que según entiendo, y es buena repetir, sólo queda aplazada por algunos meses.*
- *Así es – contestó Su Alteza dándole con el ademán la licencia pedida, para llevar después la mano al pecho estertoroso.*
- *El señor piloto mayor podrá enmendarme, si acaso yerro ... Mas aquí traigo la apuntación de Lope, y es buena guía – prosiguió el capellán del Rey, árbitro entonces de los destinos de las Indias Occidentales, pese a que veinte años atrás hubiera estado a pique de impedir su descubrimiento tratando de loco a Colón y de locos a cuantos le prestasen oídos.*

Echó una ojeada al papel y continuó con la misma sequedad :

- *Juan Díaz de Solís se obliga por el convenio a llevar tres navíos suficientes para las necesidades del viaje (que será de descubrimiento y no de conquista, hay que insistir en ello) a espaldas de Castilla del Oro, donde está Pedrarias Dávila (**Nota** : Pedro Arias Dávila, capitán general), es decir, hacia el mar (**Nota** : Mar del Sur) descubierto por Vasco Núñez de Balboa ...*
- *Eso no debe asentarse – interrumpió el Rey*

haciendo un esfuerzo.

- *Ni está asentado, Serenísimo Señor – explicó tranquilamente el obispo –. Si lo digo es sólo para memoria, "inter nos" ... Pero si bien el viaje no es de conquista, con tal cláusula no se debe ni se quiere poner impedimento a la toma de posesión de nuevas tierras o mares, si el caso se presenta, y para asegurar la prioridad ... Uno de los navíos que ha de llevar Juan de Solís – siguió cambiando de tono y hablando rápidamente – será de sesenta y los otros dos de treinta toneles cada uno. Llevarán en total una tripulación de sesenta hombres y los mantenimientos suficientes para dos años y medio de navegación y estadías (Nota : proyecto para el 24 de noviembre de 1514; TORIBIO MEDINA, p. 134). Todo ello a vista y contentamiento de quien Vuestra Alteza disponga.*
- *Que ha de ser mi contador Juan López de Recalde, de la Casa de Contratación ¿ no es eso ? – dijo el Rey.*
- *Así es, y Vuestra Alteza – prosiguió el obispo – no estará obligado a pagar, ni a la ida ni a la vuelta, sueldos de gente ni cosa alguna, salvo cuatro mil ducados que la Contratación entregará, a Solís ... (Nota : 24 de noviembre de 1514 ; TORIBIO MEDINA, pp. 113-115)*

Este, que había recobrado ya su sangre fría, sonrió a su vez, diciendo con mucha intención :

- *Doy por asentado que mi "armador principal" (Nota : TORIBIO MEDINA, p. CCXXXV) – y recalcó estas palabras – será siempre el mismo gran señor de quien me ha hablado tantas veces Vuestra Alteza ...*
- *Sí, sí – interrumpió el Rey, algo displicente –. Eso por sabido se calla.*
- *Para evitar indiscreciones posibles hasta por parte de los mismos oficiales de la Contratación – observó Lope Conchillos – se establece en la capitulación que ese armador ... o armadores ... no sabe ni ha de saber el objeto del viaje ... Nada se pregunta a quien nada sabe o ... pasa por no saberlo ... y mucho menos cuando ese "quien" permanece desconocido.*

Don Fernando apoyó con un movimiento de cabeza.

- *De todo cuanto Dios nuestro Señor se sirva dar a Juan Díaz en este viaje – continuó Fonseca – el tercio pertenecerá a Su Alteza, otro tercio a Juan Díaz y sus armadores, y el último a los hombres que tomen parte en la expedición, sea como pilotos, sea como oficiales o simples marineros.*
- *Vuestra Alteza no ha determinado todavía cómo habrá de distribuirse ese tercio – observó Solís.*

- *Lo repartiréis como os pareciere y lo concertéis con ellos – contestó don Fernando.*
- *Su Alteza – prosiguió el obispo – promete no llevar, aparte de lo dicho, ni el quinto del Rey ni otro derecho alguno ...*
- *Fuera de lo que se refiere al armador ; eso se halla tanto más puesto en razón – dijo el piloto – cuanto que este viaje, si es que llega a hacerse ...*
- *¡ Si que se hará ! – exclamó don Fernando.*
- *... no reportará beneficios, sino a la corona, como que es de descubrimiento y se hará con tan cortos recursos – siguió Solís –. Yo voy solamente a abrir un gran camino, que quizá, no vuelva a emprender más tarde, cuando, una vez productivo, ya no pueda serlo para mí...*
- *¿ Qué mercedes queréis que os conceda ? – preguntó el Rey con un asomo de fastidio.*
- *Bien recordará Vuestra Alteza – replicó Solís – que no he solicitado merced alguna, ni querido asentar ni capitular al respecto, pues confío ciegamente en la bondad de Vuestra Alteza.*
- *No quedará descontento ni frustrado mi piloto mayor, como no lo quedó hasta ahora ... aunque suele dejar ver que no se contenta con poco.*

El Rey aludía a las muchas mercedes concedidas ya al exigente Solís, con quien desde un principio se mostró de excepcional largueza.

- *Cumplid vos lo prometido – siguió don Fernando – y yo os haré dar título de Adelantado, para vos y vuestros sucesores, de cuanto descubráis y aseguréis a la corona, como desde ahora os nombro gobernador y administrador de justicia de esas dichas tierras, de por vida y no más. Y como me habéis dicho tener gran devoción a nuestro santo patrono el Apóstol Santiago, volved con bien, y tendréis de mi mano el hábito de caballero de su orden. (Nota : TORIBIO MEDINA, p. CLXXXI)*
- *Beso las plantas de Vuestra Alteza por tan señalada merced.*
- *Otrosí, anotad, Lope Conchillos, que los salarios de mi piloto mayor se aumentan desde la fecha, en veinticinco mil maravedís, y hacedlo saber a mi Casa de Contratación.*
- *Se hará como manda Vuestra Alteza – dijo Lope.*
- *Pero supongo – observó el obispo – que seguirá quitándose de esos salarios los diez mil maravedís anuales destinados a la viuda de Vespuche. (Nota : real cédula del 25 de marzo de 1512 ; TORIBIO MEDINA, p. 55)*
- *Así es – contestó el rey.*
- *Me congratulo con vos – dijo Conchillos a Solís –. Quedáis en sesenta y cinco mil maravedís al año, lo que os hace una renta de gran señor.*

- *De gran señor muy pobre* – le murmuró al oído el mareante –. *Si sólo eso esperara ...*

La conferencia duró todavía largo rato, y Juan Díaz de Solís, tan desabrido en un principio, salió de ella radiante, corrió a Logroño, y lo preparó todo para partir a la siguiente mañana.

Y al cruzarse con Vasconcelos a quien, aunque fingiera no verlo, había reconocido perfectamente, tomaba el camino del Ebro por cuya orilla derecha siguió a galope, para no detenerse hasta un ventorrillo, a las puertas de Laguardia, en la carretera de Bilbao. Allí esperó a Francisco de Torres y Diego García de Moguer, que no llegaron hasta la caída de la tarde.

- *¡ Pero qué dianche sucede, y adónde vamos por este rumbo, si se puede saber, vive Diego !* – exclamó García, a quien los viajes a caballo, aunque fueran cortos, tenían la virtud de exasperar, después de haberle molido los huesos.
- *¡ Mía fe que estas sofoquinas dan que pensar ... y que rascar !* – agregó Francisco de Torres, quien, como buen marino, andaba tan ricamente con las piernas abiertas, pero siempre que entre ellas no se hallase el lomo de un caballo.
- *Echemos tranquilamente un trago* – dijo Solís, invitándolos a entrar en el ventorro –. *El hecho es que todo va mal ... y que todo va a*

maravilla.

- *¡ Entiéndate el diablo ! – dijo Torres – Todo va mal y todo va bien. Conciértame esas medidas ! ... ¿ Qué misterio es ése y adónde demonches nos dirigimos ?*
- *Por el momento, a Bilbao ... Y el misterio está en que Portugal cree habernos ganado la partida con falsos naipes. A bien que los nuestros han de tener mayor virtud para el desquite.*
- *¿ De modo que corremos así, de improviso, a embarcarnos para la expedición ? ...*
- *¡ Alto ! ... A embarcarnos sí, mas no para el gran viaje ... Ese es ya otro cantar.*
- *¿ Por ventura, se le ha llevado el diablo ?*
- *Embatido va, pero no ha zozobrado todavía. Lo primero será embarcar en Bilbao, a do vamos, para un puerto cualquiera de Andalucía. Lo segundo, fletar una nao de poco porte y tomar la derrota de las Canarias.*
- *Y qué hemos de hacer en esas malditas o afortunadas ínsulas ? – preguntó Francisco de Torres, de peor humor que antes.*
- *Vive Diego que como no sea andar a caballo todo irá bien para mí – dijo resignadamente el de Moguer.*
- *Basta y sobra con estarse en el potro hasta Bilbao.*
- *No te irrites antes de tiempo – aconsejó Solís, poniendo la mano en el hombro de su cuñado.*

Y aprovechando el momento en que García se apartó, dejándolos solos, el piloto mayor fué más explícito :

- *Lo que hay en suma – dijo a Torres –, es simplemente que Su Alteza quiere tranquilizar al portugués ... La expedición queda suspendida en apariencia, pero debemos seguir preparándola bajo cuerda, sin que nadie lo sospeche. Un paseo hasta las Canarias no es cosa ; allí o algo más lejos ... dispondremos a ciencia cierta lo que hay que hacer, y ese embajador que Dios confunda quedará más confundido cuando no sepa de mí ni de tí ... y probablemente acabará por creer abandonado un viaje que sólo está suspendido.*
- *Sí, hasta las calendas.*
- *¡ No te ahogues en poco agua, mal mareante ! ... Estoy seguro de Su Alteza, que me acaba de colmar de mercedes, y de promesas que esas mercedes afianzan. En cuanto a tí, ten por cierto tu provecho si quieres servir al Rey y fiarte de tu hermano ...*
- *Ya sabes cuán poco me agrada andar a ciegas. En fin, se trata de tí, y tampoco esta vez has de encontrarme reacio. Pero si me dijeras ...*
- *Nada te diré mientras no llegue el momento. Paciencia y confianza es lo que te pido y lo que en cierto modo me debes. Llama al buen*

García. Hemos de cenar y acostarnos en seguida, para estar frescos mañana y ponernos de un tirón en Vitoria.

Cuando llegaron a Bilbao, después de dos o tres jornadas abrumadoras para Torres y sobre todo para Diego García de Moguer, quiso su buena fortuna que una galeota estuviese por zarpar para Sanlúcar de Barrameda. Mediante estipendio, el honrado cómitre accedió a transportarlos en calidad de amigos. Entregaron los caballos a un mesonero, embarcaron su poco abultado equipaje, bogaron con brío los galeotes y el buen tiempo les acompañó hasta su destino. En Sanlúcar, Solís dejó a sus compañeros, que tomaron otro camino, y se dirigió a Sevilla. Estuvo en la ciudad una semana entera, visitando reiteradas veces la Casa de Contratación. Pasó luego a Lebrija, como para descansar regaladamente con su mujer y sus hijos, pero a los seis o siete días desapareció de pronto, sin que nadie supiera su paradero.

El embajador don Juan Mendes de Vasconelos, muy alarmado, pedía entretanto con insistencia, a sus agentes de Sevilla y a cuantas personas hubieran podido informarlo, noticias acerca de dónde estaba y qué hacía el piloto mayor del Rey, sin descubrirlo en parte alguna. Dijéronle en un principio que, según los oficiales de la Casa de Contratación, el mareante estaba haciendo el inventario de su nao *Santa María de la*

Merced, para liquidar las cuentas del suspendido o abandonado viaje (**Nota** : después de la real cédula del 30 de septiembre de 1512 ; TORIBIO MEDINA, pp. 99-100). Quiso Vasconcelos saber el fondeadero de la nao en cuestión, para seguir la pista de Solís, pero sus averiguaciones resultaron inútiles, de la más completa inutilidad. Nunca supo dónde estaban ni el piloto ni la nao, hasta que, largo tiempo después, apareció el primero tan campante y tan ufano en la muy leal y muy regocijada villa de la madeja.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

TORIBIO MEDINA, José ; ***Juan Díaz de Solís. Estudio histórico*** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>

VI

El proyectado viaje de Diaz de Solis para efectuar la demarcación entre los dominios de España y Portugal.

F. A. 38.

SUMARIO: Prisión de Diaz de Solis.—Mercedes que luego le hace el Rey.—Es nombrado piloto mayor.—Celebra una capitulación para el viaje de demarcación de límites.—Puntos principales que comprendía.—Opinión de los Oficiales Reales de Sevilla sobre el viaje proyectado.—Impresión que produce en el Rey.—Diaz de Solis se traslada á Logroño.—Entrevista que allí celebra con el embajador portugués.—Juicio de éste acerca del piloto mayor.—El Rey desiste de que el viaje se lleve á efecto.—Historiadores de este supuesto viaje (nota)..... CLXXIII

Juan Rodriguez de Fonseca, chaplain to Queen Isabella of Spain.

<http://www.alamy.com/stock-photo-juan-rodriguez-de-fonseca-chaplain-to-queen-isabella-of-spain-60376692.html>



Copyright: © [North Wind Picture Archives](#) /
Alamy Stock Photo